

y el nogal, aparecen el uno hasta en Heidelberg y el otro hasta en los valles del Neckar y del Main. El tipo de altura cubierto de bosque, que hace de la selva sinónimo de montaña (*Selva Negra, Selva de Thuringia*), domina asimismo en los dos lados del Rin. En ninguna parte se concentra un conjunto de diferencias capaz de impresionar la vista; de sugerir otras costumbres y otros sistemas de vida; por esto Francia ha tenido que vencer, del lado de Alemania, una dificultad especial para desprender su existencia histórica y determinar sus límites.

Por aquella parte se han dejado sentir siempre influencias venidas de lejos, observándose distintamente al través de la obscuridad de los tiempos prehistóricos que la marcha de las emigraciones, plantas y hombres ha seguido direcciones paralelas á las que señalan los Balcanes, los Carpato y los Alpes, de Este á Oeste. Parece perfectamente probado que no sólo el trigo, la cebada y el lino, cultivados también en las riberas del Mediterráneo, sino además el centeno, la avena y el cáñamo, sólo cultivados en el centro y en el Norte de Europa, proceden del Este; pero ha habido asimismo movimientos en sentido contrario, y el Oeste de Europa no ha desempeñado en estos cambios un papel puramente pasivo, siendo preciso admitir una larga serie de acciones y de reacciones recíprocas. Francia, por el lado del Este, ha participado de las palpitaciones de un gran cuerpo, y en su substancia y en su vida han entrado por allí muchos elementos nuevos.

Si nos fijamos en el mapa (1) en el que hemos probado de trazar, en cuanto á la parte de Europa que nos interesa, las condiciones naturales de las agrupaciones primitivas, veremos que la Europa central se halla surcada de Este á Oeste por varias avenidas: una de ellas termina en la Borgoña pasando por el valle del Danubio; otra penetra, por la llanura germánica y por Bélgica, en Picardía y en Champaña; y una tercera sigue hasta Flandes los aluviones litorales de los mares del Norte. Entre estas zonas de agrupación y esas vías de emigraciones se interponen anchas fajas de bosques ó de pantanos.

Estas divisiones habremos de justificarlas, pero el mapa, desde luego, nos sugiere una primera observación. El *hinterland* continental nos asedia, no de una manera igual en todas partes, sino solamente por algunas vías; las emigraciones humanas han llegado hasta nosotros ya divididas, canalizadas en distintas corrientes, y esto explica por qué las poblaciones que llegaron á nuestro país por el valle del Danubio no tuvieron ni el mismo género de civilización, ni la misma composición étnica que las que vinieron por Bélgica, y aun se parecieron menos á las que siguieron el litoral del Norte.

El secreto de estas civilizaciones primitivas es geográfico tanto como arqueológico. ¿Cómo podría la geografía dejar de decir algo sobre las condiciones que las han formado y sobre las vías que han seguido?

En nuestras regiones de Europa, los ríos no han sido tanto como se dice caminos primitivos de pueblos, pues sus riberas, cubiertas de pantanos, de arbustos y de maleza, no se prestaban á ser habitadas por el hombre (2).

(1) Véase el mapa que va intercalado en la pág. xx.

(2) Hoy puede asegurarse que los establecimientos fundados sobre los recientes aluviones de nuestros ríos son de fecha menos

Los hombres se establecieron con preferencia en los terrenos descubiertos, en donde podían subvenir más fácilmente á las dos necesidades esenciales del abrigo y de la alimentación, y se guiaron principalmente por la calidad de las tierras. Hay terrenos en los cuales el hombre podía mover más cómodamente su arado y construir ó cavarse viviendas, y en estas localidades favorecidas se concentraron durante siglos continuamente las poblaciones. Sucesivamente los recién llegados más fuertes reemplazaron allí á los antiguos ocupantes ó se sobrepusieron á éstos, siempre en los mismos lugares que ya se habían aprovechado de una primera suma de trabajo humano. Cuando se realizaban emigraciones, presidía en ellas el deseo de alcanzar condiciones de existencia iguales ó mejores, pero siempre análogas. Del mismo modo que en la actualidad el aldeano ruso solicita en Siberia la *tierra negra*, en busca de tierras fértiles, de fácil cultivo y dotadas ya de cierto grado de riqueza, encamináronse los celtas en sus emigraciones sucesivas hacia la Galia ó hacia el Danubio y emprendieron los germanos su marcha ulterior desde las márgenes del Elba á las del Rin. Todo el movimiento y toda la vida han estado durante largo tiempo circunscritos en determinadas zonas. Luchar contra los pantanos y contra los bosques es una tarea dura y desagradable que el hombre no se decidió á emprender hasta muy tarde; en la Europa central, hasta la Edad media no comenzó la roturación á atacar en grande escala el bosque.

La superficie forestal dista mucho seguramente de representar en su extensión actual la extensión que los bosques ocuparon en los comienzos de la civilización europea; pero de todas suertes señala los lineamientos de los mismos. Si el bosque ha cedido terreno al cultivo, ha seguido, por lo menos en la parte central y occidental de Europa, ocupando los suelos que por su naturaleza eran rebeldes ó muy medianamente propicios á todo otro género de explotación. Ha continuado, pues, donde estaba, pero transformándose, ya que del bosque primitivo, caos de árboles podridos unos y vivos otros, horrible é inaccesible, sólo quedan en la Europa central algunos apartados rincones del *Boehmer Wald* (Selva de Bohemia) que, según dicen, ofrecen todavía una imagen de aquél. Pero el bosque, aun el humanizado, es una herencia directa del pasado; así, los árboles que pueblan nuestros Vosgos hunden sus raíces en un terreno elástico y profundo que resuena al ser pisado y que es el resultado de la descomposición secular de los que les han precedido: el bosque actual se alza sobre los restos de los bosques desaparecidos.

Los bosques, despedazados y atravesados en todas direcciones, han dejado de separar á los pueblos, pero han desempeñado durante mucho tiempo este papel de aisladores, distinguiéndose todavía las líneas de los antiguos límites forestales: los bosques señalan con un trazo vigoroso la distinción entre Bohemia y Baviera y cercan perfectamente la Thuringia; Franconia hállase separada de Suabia y de Hesse por una serie de bosques; de éstos está casi enteramente rodeada la Lorena, fajas de ellos se extienden entre Champaña y Brie y en el

antigua que los de las riberas elevadas. De ello se encontrarán más adelante ejemplos en los mapas que publicamos del *Valle de Anjou* y del *Ródano en Viviers*.

mismo Berry marcan una orla bastante pronunciada. En nuestras mismas regiones del Oeste, en donde los bosques se han visto más perjudicados, subsisten todavía suficientes trozos de ellos para recordar antiguas separaciones históricas. Algunos bosques aparecen dispersos en la comarca salvaje que en otro tiempo se extendía entre el Anjou y la Bretaña, y otros, en el centro de ésta, forman los jalones de la zona solitaria que separaba al país galo del país bretón. Entre el Poitou y la Saintonge, una serie de bosques escalonados desde Surgeres á la Rochefoucauld permite ver todavía la antigua separación de dos provincias y de dos pueblos. En Inglaterra el *Weald* ha dividido á las gentes de Kent de las de Sussex.

El bosque, ya como separación, ya como defensa, ora como región frontera, ora como superficie que escapaba á la propiedad privada, ha servido de marco á los embriones de sociedades que han sido los preludios de la geografía política de esta parte del continente. El bosque nos envuelve todavía con sus recuerdos y nos mece con los cuentos y leyendas de que lo pobló la infantil imaginación de los antiguos habitantes. Entre los elementos esenciales que entraban en la formación de este ropaje forestal, el que más ha servido á los usos de la vida diaria ha sido el árbol de los terrenos poco húmedos, de los bosques de escasa altitud, la encina: su madera ha proporcionado el armazón y el mobiliario de nuestras construcciones, y sus bellotas han dado lugar á la cría de pjaras de cerdos, ese género de industria que durante mucho tiempo desconoció el Norte de Europa y que, por el contrario, desde la Panonia á la Galia, es una de las que con celo ejercían los pueblos de la Europa central (1). Algunas de las costumbres más inveteradas en el sistema de vida de nuestros labriegos recuerdan la vecindad del antiguo bosque, que era el asilo en las épocas de grandes calamidades.

Multitud de pruebas demuestran que el bosque, á pesar de lo que se ha dicho, no cubrió toda la Europa, sino que en todo tiempo existieron entre las superficies pobladas de selvas claras naturales bastante grandes; y ya se supondrá cuán interesante puede ser el determinar geográficamente los lugares de esas regiones más propicias á los establecimientos humanos.

El estudio de los terrenos de la Europa central mediante la observación de los restos de animales fósiles ha permitido sentar la afirmación notable de que después del período glacial y en los intervalos del mismo extendióse por una parte de aquélla una serie de estepas. La extensión no pudo ser más que parcial porque precisamente estos indicios reveladores faltan en las regiones en donde el bosque, por su persistencia, se muestra en su terreno genuinamente propio, al paso que abundan en las superficies de limo calizo conocido con el nombre de *loess*. Las descripciones de Richthofen han hecho célebre esta clase de terrenos que se encuentran en la zona central de Europa lo propio que en la China del Norte, y que se caracterizan por su color amarillo claro, por su composición friable y pulverulenta y por su tendencia á recortarse en capas verticales que permiten abrir en ellos viviendas. En el valle renano

(1) Reglamentación de la cosecha de bellota en Lorena y en otras partes.

es en donde ha sido caracterizado primeramente el *loess* que ocupa allí extensas plataformas; pero también se extiende á alguna distancia al Norte de los Alpes y á lo largo de la raya septentrional de las montañas alemanas.

Partiendo del principio del partido que el hombre ha sacado del *loess*, es natural relacionar con éste ciertos terrenos que se le parecen por sus propiedades esenciales, y entre los que citaremos la famosa *tierra negra* que en Galizia, en Podolia y en la Rusia meridional cubre superficies cada vez más extensas hacia el Este, y las capas de limo, singularmente espesas en las mesetas de la Hesbaye y de la Picardía, ocupan en el conjunto de la cuenca parisiense una extensión que puede calcularse en cinco millones de hectáreas. Estos son, con algunas otras variedades más diseminadas, escogidas según sus afinidades físicas, los terrenos cuya distribución hemos bosquejado, en cuanto nos dan actualmente medios para ello los mapas geológicos y demás documentos.

Puede haber otros terrenos de igual ó superior fertilidad; pero en ninguno, como en ellos, se ofrecían condiciones más favorables para los comienzos de la agricultura. Hoy estos terrenos se presentan bajo el aspecto de campiñas descubiertas; la sequedad mantenida en la superficie por la permeabilidad del suelo favorece más bien el crecimiento de los cereales que el de los árboles, los cuales, por no encontrar fácil presa en esas capas friables, han opuesto escasa resistencia á la roturación. El arado se pasea cómodamente por esas mesetas ó por esas muelles ondulaciones en las que el drenaje se ha hecho naturalmente y que por su altura media (200 metros aproximadamente) se han visto libres de los peligros de inundación que amenazan á los valles. En el aprendizaje agrícola que la naturaleza de Europa impone al hombre, esas regiones eran las menos rebeldes; en ellas no hubo aquél de luchar con el rudo enemigo, que sólo á la larga ha podido vencer, con el bosque pantanoso, contra el cual nada puede el fuego. Y no sólo por la facilidad del cultivo, sino que también por la salubridad, fueron hacia ellos atraídos los establecimientos humanos: el sol y la luz podían dejar sentir libremente su acción en aquellas superficies descubiertas para destruir las emanaciones malsanas que en otras partes fomentaba la espesura de los bosques. En los suelos arcillosos y tenaces, en los terrenos escabrosos de granito ó de greda, en las regiones escarpadas, en donde yacen entre los lagos y los estanques las rocas abandonadas por los antiguos ventisqueros, el bosque se defendió mucho tiempo; aquí, por el contrario, no hubo luchas obstinadas contra los árboles, ni hubo «aquellos días amargos que se pasaron roturando el bosque hasta el entrelazamiento de sus raíces,» cuyo recuerdo ha recogido Schiller en las viejas leyendas germánicas:

«Und hatten manchen sauren Tag, den Wald
Mit weit verschlungenen Wurzeln auszuroden!»

Tales como acabamos de caracterizarlas, esas naturalezas de terreno, tierra negra, loess, limo de las mesetas, están circunscritas á la parte media de Europa; en el Sur no llegan al Mediterráneo, y en el Norte ya no se las encuentra más allá de las líneas de escarpas que señalan el límite meridional alcanzado, en sus invasio-

nes más recientes, por los glaciares escandinavos. Al igual que las formaciones análogas de la China y de la América del Norte, están afectas á una zona determinada y se suceden en el sentido de las latitudes. La estructura cortada de la Europa occidental no les permite desenvolverse con la misma continuidad que en Rusia y que en la China del Norte; sin embargo, se distinguen dos zonas que se extienden, bien que rotas en pedazos, desde Bohemia á Francia, la una por la llanura del Danubio, la otra por una serie de *Boerden*, regiones llanas y fértiles (1), desde antiguo distinguidas por el lenguaje popular, que se extienden desde Magdeburgo hasta Westfalia y que, interrumpidas por los aluviones renanos, tienen su prolongación en las cumbres limosas de la Bélgica media. Son las dos vías que hace poco hemos indicado y que van á parar una á Borgoña y otra, por la llanura germánica, á Picardía y á Champaña.

Este estudio nos proporciona un hilo conductor. El hecho de encontrar en estas regiones las huellas de un desenvolvimiento más precoz, de una marcha más rápida de la civilización, no puede ser hijo de una coincidencia fortuita. El hierro fué explotado en las épocas más remotas, en las llanuras abiertas de Moravia, á las cuales iban á parar las relaciones comerciales establecidas entre el Oder y el Danubio. La alta cuenca danubiana, teatro eterno de luchas entre los pueblos, atrajo un comercio activo que desde muy temprano supo abrirse caminos al través de los Alpes orientales. Las regiones más fértiles son siempre las más disputadas; por esto en la región limosa del Norte de Bohemia los galos boienos, que dejaron su nombre al país, se establecen exactamente en el sitio cuya riqueza agrícola había sido ya desarrollada por una población anterior.

Los hallazgos arqueológicos nos dan á conocer principalmente armas é instrumentos de lujo, pero por algunas felices casualidades se han exhumado también testimonios de la vida agrícola que hacían los pueblos del Norte de los Alpes: en efecto, en las más antiguas estaciones lacustres se han encontrado trigo, cebada, algunos frutos y tejidos fabricados con lino. A aquellas poblaciones primitivas las vemos ya en posesión de los principales animales domésticos, el buey, el carnero, la cabra y el cerdo (2). Más adelante, los romanos, al trazar conocimiento con el Norte de la Galia, hallaron allí prácticas agrícolas que les sorprendieron por su originalidad y su superioridad. La invención del arado y de la segadora con ruedas se explica muy naturalmente en mesetas descubiertas, de ondulaciones débiles, al paso que el arado ligero y de manejo fácil tiene su lugar propio en las tierras accidentadas de la Cordillera central y de las riberas del Mediterráneo.

¿Hay razón para admitir la existencia de relaciones mantenidas entre los pueblos que ocupaban esas regiones limosas? El examen comparativo de los hallazgos arqueológicos nos presenta, sea entre las comarcas danubianas y el Este de Francia, sea entre el Norte de nuestro país y las regiones situadas al Este del curso inferior del Rhin, analogías debidamente comprobadas que demuestran la existencia de conocimiento recípro-

(1) Tal es la definición que de ellos da Grimm.

(2) La actual raza del buey que por su hocico negro, su cabeza ancha y su color se distingue de las que más tarde vinieron del Norte, se encuentra en los turbales prehistóricos de Suiza.

co y de cambios. Al través de la Europa central circula una vida; podemos, por consiguiente, hablar de antiguas vías de emigraciones y de comercio que por el Danubio ó por las llanuras meridionales de Rusia pusieron en comunicación la parte del continente ocupado por Francia con la que se extiende hacia el Este.

A propósito de la vía danubiana, uno de los más profundos conocedores de las civilizaciones primitivas, Worsaae, ha escrito: «Durante mucho tiempo no han cesado de recibir por allí nuevas olas de vida y de sangre joven los habitantes de los valles circunvecinos (3).» Por mucha que sea la reserva que estas cuestiones de origen imponen, es difícil buscar las fuentes comunes de estas «olas de vida» en otra parte que en la región del Asia occidental que se extiende al Sur del Cáucaso; de allí ciertamente parecen haber venido hacia nosotros las plantas alimenticias ó útiles y la mayoría de los árboles frutales y animales domésticos que desde muy pronto vemos aclimatados en nuestra Europa occidental. Esta aclimatación supone una remota antigüedad de relaciones humanas, y esto sentado, ¿no aporta la geografía un testimonio importante en favor de esa antigüedad, si se halla en condiciones de demostrar, como hemos tratado de hacerlo, por cuáles vías naturales dichas relaciones han podido establecerse?

Francia conserva la huella indelible de sus orígenes profundamente continentales. La agrupación de sus poblaciones parece haberse realizado bajo la influencia de movimientos partidos del Este; de no ser así, sería difícil explicar muchos hechos, entre ellos la manera como están distribuidos en nuestro territorio los dólmenes, los cuales abundan en el Oeste y en cambio son muy raros en la parte oriental de nuestro país. Si este tipo de construcciones primitivas ha podido propagarse desde el Norte de Africa hasta Irlanda, ¿qué obstáculo ha impedido su expansión ó suprimido sus huellas hacia el Este, sino la presión de pueblos procedentes de otras direcciones?

Las poblaciones morenas y en alto grado braquicéfalas que desde antigua fecha dominan en la Cordillera central, en Saboya y en una gran parte de Borgoña, se aproximan por afinidades antropológicas, no á los actuales iberos, sino más bien á las que, bajo distintas mezclas, pueblan todavía la región danubiana. Aquellas poblaciones ocupan el extremo de aquella cadena de antiguos pueblos que ha cultivado la zona de tierras fértiles que atraviesa de parte á parte el continente de Europa. Cuando se trata de buscar las causas de las tendencias y de las aptitudes inveteradas de una población, la prudencia aconseja no atenerse exclusivamente al estudio de su medio actual, sino tomar además en consideración los antecedentes: el temperamento obstinadamente agrícola de la mayoría de nuestras poblaciones se explica tal vez tanto como por la influencia del suelo por las costumbres importadas.

§ 3

La tercera de las vías de emigraciones que hemos indicado corre á lo largo del litoral del mar del Norte hasta Flandes, siguiendo la zona de eterna verdura de

(3) Worsaae, *Die Vorgeschichte des Nordens nach gleichzeitigen Denkmälern*, 1878, pág. 82.

los *marschen*, *polders*, *watten* ó aluviones cuya extensión nos muestra el mapa. Hállase separada, al Sur, de la zona de *loess* ó de limo que se extiende desde el Elba al Escalda, por una serie de páramos ó turbales, como Campine, Peel, Bourtange, Landas de Luneburgo, terrenos ingratos de guijos y de arena, procedentes, en parte, de restos de escarpas glaciares, espacios desheredados, en donde la eterna alternación de bosques de pinos, de campos pobres y de pardos brezos entristece la vista. No cabe imaginar más sorprendente contraste que el que existe entre esas regiones hoy todavía bastante solitarias y las dos zonas fértiles y pobladas que la limitan al Norte y al Sur.

Estas tierras anfíbias, amenazadas por las reivindicaciones del mar, en las cuales el agua, destructor sutil y solapado, se insinúa y rezuma en el subsuelo, ofrecían ciertamente condiciones más difíciles que las limosas plataformas del interior. A pesar de esto, se explican las ventajas que atrajeron á los hombres hacia ellas. Está demostrado que los espacios descubiertos á lo largo de las costas, á distancia de las exhalaciones y de los peligros del bosque, fueron para los habitantes primitivos de Jutlandia y de las islas danesas los lugares de establecimiento preferidos; estos espacios no faltan á lo largo del mar del Norte, litoral sobre el que jamás ha extendido el bosque sus impenetrables masas, pues en él los árboles tienen que luchar demasiado contra la violencia de los vientos del Oeste. Con tal que un montículo, creado artificialmente, si es preciso, pudiera proteger la habitación del hombre, su *heim*, contra las aguas, su existencia estaba asegurada, mientras se esperaba el comienzo de la era de los grandes encauzamientos, lo que no se realizó hasta la Edad media; aparte de esto, encontraba aquél un medio de circulación fácil en la red de los brazos fluviales. Aquí el producto natural, más que los cereales, es la hierba; por esto desde un principio la ganadería fué la vocación natural de esos futuros manufactureros de leche, de carne y de ganado. Los pueblos que se agruparon á lo largo del mar del Norte fueron ganaderos antes de ser marinos, y si bien hubo indudablemente desde muy antiguo grupos particulares que supieron conquistarse cierto grado de reputación y poderío por su habilidad náutica, de los que ya nos habla Tácito, la ganadería continuó siendo la base de la existencia. La nomenclatura singularmente pintoresca que los marinos de los mares del Norte aplicaron á las islas y á los escollos al través de los cuales tenían que guiar sus embarcaciones, toma la mayor parte de sus expresiones metafóricas del ganado y del pastoreo.

Durante mucho tiempo, esas comunidades crecieron aparte, atrincheradas en condiciones originales de existencia, contraídas en el sentimiento de su autonomía, y hasta muy tarde no entraron en la historia que algunas de ellas debían llenar con su nombre (1); su fortuna está enlazada con el desarrollo de la Europa moderna. Bastante pronto, sin embargo, convirtiéndose aquel litoral en un vivero de grupos que transportaban su género de existencia á playas análogas, partiendo de allí emigraciones, acerca de las cuales la historia nada nos dice y que precedieron á las invasiones por ésta conocidas.

(1) Daneses, anglos, sajones, frisones.

En la costa opuesta al viejo país frisón, la del *Fen* británico, entre Lincoln y Norfolk, pudieron fácilmente instalarse las mismas condiciones de vida; pero donde especialmente estaban llamadas éstas á prosperar fué en el Noroeste de Europa y sobre todo en la baja llanura germánica. Estas comarcas forman parte de la superficie que habían vuelto á cubrir (2) en su retorno ofensivo los grandes glaciares escandinavos, notándose todavía en ellas la huella glaciár. La desecación de los innumerables pantanos que allí dejara el movimiento torrencial consecutivo á la fusión de los hielos, fué una de las grandes obras de la colonización sistemática de la Edad media y de los tiempos modernos; gracias al trabajo del hombre, á las depresiones pantanosas sucedieron las praderas, pudiendo decirse que ninguna otra forma de cultivo, con el género de vida que implica, ha ganado tanto terreno en Europa desde los tiempos históricos.

En Francia, el continuo desarrollo de la zona de aluviones cesa en el Boulonnais; á partir de éste, aunque el clima sigue siendo favorable, la naturaleza del suelo no se presta más que con intermitencias al desenvolvimiento de las praderas, no obstante lo cual nuestras razas de ganado mayor, particularmente las caballares, están hasta más allá del Cotentin en relación de parentesco con las del Noroeste de Europa. Cuando llegaron los normandos, encontraron ya en nuestras playas predecesores; de suerte, pues, que hemos de tener también en cuenta, en lo que se refiere á nuestros orígenes, esos puntos de contacto con las primeras civilizaciones de los mares del Norte, aun siendo cronológicamente posteriores y de menos importancia que las relaciones de tiempos inmemoriales con la Iberia y la Europa central.

CAPÍTULO IV

FISONOMÍA GENERAL DE FRANCIA

Francia opone á las diversidades que la asedian y la invaden su fuerza de asimilación; transforma lo que recibe, los contrastes se atenúan en ella y en ella se extinguen las invasiones: parece como que hay en ella algo que amortigua los ángulos y suaviza los contornos. ¿A qué se debe este secreto de la naturaleza?

La palabra que mejor caracteriza á Francia es variedad; las causas de ésta son complejas y dependen en gran parte del suelo, con lo que se enlazan con la larga serie de acontecimientos geológicos por que ha pasado nuestro territorio. Francia ostenta las señales de revoluciones de todas las épocas y pertenece á una de esas regiones del globo, más excepcionales de lo que se cree, que en diversas ocasiones y por medio de retoques diversos han sido modificadas por las fuerzas internas. Aun las porciones que desde hace tiempo han entrado en un período de calma no han perdido la huella de los movimientos intensos que en otra época han sufrido. La acción de desgaste de las edades puede ciertamente amortiguar las formas y aplanar los relieves, mas no logra tan fácilmente abolir las propiedades esenciales de los terrenos: ¿no hay acaso en Bretaña una región, la

(2) Véase el mapa que va intercalado en la pág. xx.